

GENTE

Madrid 11 Junio de 1901.

Año 2.º

Núm. 35

CONOCIDA



Baronesa de Kortega.

(Fot. de Huerta).



NUESTRA PORTADA

Baronesa de Hortegea.

Siempre propicias á hacer el bien, las damas de la alta sociedad responden en toda ocasión al llamamiento de la caridad y prestan su concurso personal, sin regateos, para el mejor éxito de las fiestas que se organizan en beneficio de los pobres.

Una mañana, hará de esto cuatro años ya, instaláronse en la calle de Alcalá varios puestos para la venta de flores, al frente de los cuales veíanse á las bellezas aristocráticas de más renombre.

Cada flor de aquellas que se embalsamaban al contacto de las lindas manos que las despachaban, eran otros tantos billetes de Banco, ó monedas de plata cuando menos, que iban á enjugar las lágrimas de los soldados heridos que volvían de Cuba y Filipinas, socorriéndoles en sus necesidades.

Una de las damas que más entusiasmo demostraron aquella mañana en la venta de su mercancía, fué la baronesa de Hortegea, la bella hija de los condes de Paço de Lumiar, opulentos nobles portugueses, dando con esto una prueba de su cariño á España que se recordará siempre con gratitud, pues la posición oficial que ocupa como esposa del Cónsul de la vecina nación hacía peligroso en los momentos en que se debatía acaloradamente la cuestión de la neutralidad de las naciones con motivo de nuestra guerra con los Estados Unidos, toda pública manifestación de simpatía.

Casada con el barón de Hortegea, español de nacimiento, Elisa Ceballos y Moscoso, es española también de corazón como su esposo, y así lo demuestra en cuantas ocasiones se presentan.

Reside en España desde su casamiento y como á una compatriota se la considera por todos, siendo muy extenso el círculo de sus amistades, que saben apreciar debidamente la sinceridad de su trato encantador.

La distinción, es la nota dominante en la baronesa de Hortegea; distinción que se manifiesta gallarda en su figura elegantísima, en su conversación, en sus *toilettes*, en los mil detalles, en fin, de la mujer verdaderamente aristocrática.

JULIO DE LANZAS.

CRÓNICA

Llegó el mes de Junio con su cortejo fastuoso de noches espléndidas, de días calurosos, de luz en el cielo, de alegría en la tierra. Las plantas fructifican, las almas recobran energías que despiertan el amor, se ama... se vive, sí, á pesar del calor que aplana los cuerpos.

Perfuma el ambiente el olor de tierra húmeda á la hora del crepúsculo; el sol arranca chispas de oro de los corrajes que lucen los caballos cuando al trote largo dirígen se al paseo.

El Retiro y la Castellana ofrecen una vistosa nota de color en que se confunden los trajes claros de las señoras, el brillo de sus miradas, el lujo de sus trenes...

Por las noches ábrense de par en par los balcones; llegan hasta la calle las divinas melodías que con sus manos de nácar y marfil arrancan al piano mujeres cuyas siluetas adorables se contemplan á lo lejos...

La imaginación se precipita en la región del ideal... se sueña.

De un día á otro podrán los madrileños darse cita en los Jardines, sitio de reunión de la gente elegante y de los que gustan disfrutar de fresco y de una visualidad deliciosa...

En las conversaciones menudean, con la tan socorrida del calor que materialmente se nos ha echado encima—y permítasenos la frase gráfica, siquiera por la exactitud—, la de los viajes.

Hácese planes, proyéctanse *tournées*; muchos que por no tener dinero no pueden realizarlos dicen, sin embargo, que saldrán de Madrid, y hablan de ir á Marienbad para que adelgace la señora, y á Trouville para que engorden los niños tomando los baños de mar.

En fin, que ya estamos en esta época del año animadísima y alegre de las verbenas y de las fiestas al aire libre.

La primera verbená
que Dios envía,
es la de San Antonio
de la Florida.

La primera verbená y la más bonita, la más característica, la que tiene más tradiciones é historia.

La ribera del Manzanares verdadero verjel, comparada con el resto de los alrededores de la coronada villa del oso y el madroño, es muy á propósito, por la amplitud, para celebrarse en ella una fiesta de esta clase.

Actualmente ha perdido mucha de la animación que tenía antiguamente, cuando los chisperos y las majas, el usía y el petimetre iban á la verbená, llevando la intriga amorosa, á

la que eran muy aficionados nuestros abuelos por fin único y exclusivo.

Escenas graciosas recuérdanse de la época de Carlos IV; lances muy curiosos se verificaron en las inmediaciones de la capilla

de San Antonio durante el reinado de Fernando VII, y todavía en la época de Isabel II la alegría tuvo allí su asiento.

Hoy, más sosos indudablemente que entonces, aburridos de

la vida porque el escepticismo lo invade todo, la noche de la verbená de San Antonio no hay lugar de admirar allí, en verdad, el derroche de ingenio y gracia, el discreto que apuntaba los labios de damas y galanes, las travesuras que á veces daban por resultado la muerte gallarda, con el *gesto bello* que se dice ahora, de enamorados caballerescos según refiere la crónica.

No, ahora todo es más prosaico. La chula actual es una descendiente, algo degenerada, de la manola; el chulo de ahora tiene buenos golpes de gracia de vez en cuando, pero generalmente tiene mala *pata*; la *persiana* que se peina no es la trenza que envolvía la redcilla.

El pañuelo de Manila ha dejado también de tener los poderosos atractivos que le distinguía, desde que las damas de la aristocracia no cubren con él sus hombros.

Iremos á la verbená de San Antonio para esparcir el ánimo retirándonos á casa á buena hora con objeto de cumplir pun-



tualmente al día siguiente con todos los *Antonios* que conocemos.

Nuestro querido amigo *El Abate Faria*, que tan al tanto está de estas cosas, publica en *La Correspondencia* una relación de nombres que asusta.

En esta misma casa se celebra el santo de dos queridos compañeros nuestros.

Deseamos mil felicidades á todos, á los de dentro y á los de fuera...

CIN-KO-KA

BELLAS ARTES

Monumento à Don Alfonso XII (Concurso).

Cuando vimos publicada en los periódicos la noticia de que la Junta nombrada al efecto de erigir un monumento á la memoria de Don Alfonso XII había acordado la convocación de un concurso de modelos entre escultores y arquitectos, sentimos vivísima satisfacción y aplaudimos sin reserva alguna la buena

voluntad para el acuerdo. Más aún, cuando pocos días antes se había dicho que la obra estaba ya definitivamente encargada á determinado artista.

No era esto justo ni lícito, amén de implicar un incalificable desprecio al resto de los artistas españoles; y, así la Junta procedió rectamente, viendo ahora el hermoso resultado de aquella disposición, pues tanto de Madrid como del resto de España, han enviado al concurso numerosos y

muy excelentes proyectos, con lo que queda demostrado una vez más que la Escultura en España alcanza en estos momentos un grado de desarrollo y belleza extraordinario, por lo cual hay que ir pensando seriamente en no dejarnos aturdir con el ruido de ciertas reputaciones.

Hemos dicho con motivo de este asunto, en otra parte, y repetimos aquí ahora, que podemos hacer la prueba invitando á nuestros lectores á que visiten el Concurso, que por fortuna tenemos, no uno, sino muchísimos escultores capaces de hacer maravillas de arte tratándose como se trata de una obra que ha de surgir sin ajustarse á los diques de un mezquino presupuesto. En los quince ó veinte proyectos presentados puede verse cuán atinada ha sido nuestra afirmación.

De todos hemos de ocuparnos, con aquella amplitud que permitan el tiempo y el espacio disponibles para este asunto en este periódico. Mas por el momento, y dejándonos guiar por la impresión que nos ha causado nuestra primera visita al Palacio de Bellas Artes del Hipódromo, donde se exhiben, declaramos que, sin rebajar en lo más mínimo el mérito artístico de los demás, parece que cautivan la atención del público y de las personas inteligentes los cuatro que bajo el lema común de *Patria y Gloria*, marcados con las letras A, B, C y D, ha presentado seguramente un solo artista.

De sobra se echa de ver á poco qué se observe su composición, línea y modelado, que son obra de un consumado maestro.

En ellos están atendidos principalmente los deseos manifestados en la convocatoria de ajustar la obra al dictado de *Pacificador*, que se adjudicó al Rey Don Alfonso con motivo de haber depuesto las armas los que con ellas hostilizaban en el instante de su advenimiento al Poder constituido.

Y conociendo que después de la paz del Norte, la paz de Cuba y la paz de todas las demás provincias españolas, á impulso de sus iniciativas hizo brotar por todas partes la riqueza y bienandanza de los españoles; en los indicados proyectos se ven simbolizadas esas grandes concepciones.

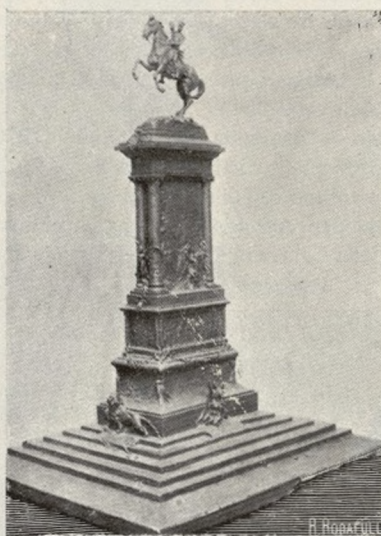
No es posible, seguramente, expresar en un trabajo de esta índole de manera concreta y fácilmente comprensible la vida

de un monarca á quien se le debe todo género de grandezas; no llegan hasta ese punto ni podrán llegar nunca los elementos de la plástica. Pero dentro de sus indispensables convencionalismos, apelando á símbolos y simbolismos mitológicos, heráldicos y hasta bíblicos, es indudable que el autor de los proyectos *Patria y Gloria*, ha realizado todo cuanto puede realizarse en este sentido para alcanzar la expresión suma de tantas y tan hermosas ideas.

Además de que para el más perfecto conocimiento del asunto, publicamos en estas mismas páginas los proyectos A, B y C no podemos resistir el deseo de describirlos, siquiera á vuela pluma, para no hacer cansada esta lectura.

La idea predominante del proyecto A, es en su manifestación artística esencialmente escultórica, pues en él, sólo en aquella parte relativa al peso, proporción y estabilidad, entran los calculos que pudiéramos llamar arquitectónicos.

Y con estricta sujeción á ellos, se alza sobre su plinto general formado de un montículo, escalonado por la parte anterior una masa mural acolumnada, cuadrilonga, quedan sus lados más estrechos al frente y al fondo del monumento, quedando envuelta esta masa por centenares de figuras agrupadas artísticamente y destacadas desde la línea inferior hacia el pedestal yéndose á perder de relieve á las caras del fondo y laterales, y alcanzando su composición la altura misma del capitel y plinto superior, sobre el que descansa gallardamente la estatua ecuestre del monarca, en reposada actitud, montado en el caballo de batalla y en momentos de saludar al Pueblo y al Ejército, que entusiasmado á los pies le aclaman.



Ejército y Pueblo confundido forman aquellos grupos, levantando unos sus armas y banderas, refrenando otros sus caballos

EL EXCMO. SR. D. ANGEL RODRÍGUEZ DE QUIJANO Y ARROQUIA

GENERAL DE DIVISIÓN

Es un español de «craza», de aquellos para quienes la virtud y el honor es la principal aspiración del hombre; el poderío y la gloria de su patria, la misión más digna del ciudadano y del guerrero.

Reputado ingeniero del Ejército; Profesor en su Academia; escritor militar y científico, bien conocido en el extranjero, donde se han traducido sus obras y donde ha desempeñado varias comisiones oficiales; premiado en diferentes Exposiciones de Europa y América, en alguna de ellas, como la española de 1892, con medalla de oro, añade á una no menos honrosa vida militar, valiosísimos servicios de guarnición y campaña, llegando á ostentar, duplicada, la Gran Cruz Roja de Guerra.

Su inteligencia y sus conocimientos fueron siempre buscados para consejo y enseñanza, y á él se deben notables informes en la Junta superior de su Cuerpo y mixta de Artillería é Ingenieros; de consulta en la Superior de Guerra; de organización en la de Defensa general del Reino. De extrañar es, ciertamente, que á pesar de tan notables servicios, que á pesar de ser miembro de varias Academias y Corporaciones españolas y extranjeras, le haya sido preciso, para avanzar en su carrera militar, pasar por el grado y empleo de Segundo Comandante; ser dos veces Brigadier: la una en 1866, por méritos contraídos al dominar á viva fuerza la revolución del 22 de Junio, y la otra por antigüedad en su Cuerpo en 1874, siendo en la algeiz de la guerra Comandante General de Ingenieros del Ejército de Navarra primero, y después de todo el Ejército del Norte y por duplicado también Mariscal de Campo, puesto que fué ascendido á este empleo por elección en 1881, cuando iba á serlo por antigüedad en su Cuerpo por derecho propio, estando á la cabeza de su escala, sin que haya pasado de esta categoría de General de División, á pesar de contar 22 años de Oficial General, cuando en 1888 fué relegado á la Sección de Reserva: bien es verdad que siempre á disposición de sus superiores jerárquicos en cumplimiento del deber militar, nunca ha solicitado nada para sí, ni siquiera licencias temporales, que gracias á su buena naturaleza no ha necesitado; sólo tres reclamaciones ha presentado á la decisión Superior, y esto por dignidad y decoro: una del grado de Coronel, que por antigüedad en el ejercicio del Profesorado le correspondía y le fué especiosamente negada; otra sobre la antigüedad en su empleo de Brigadier el 22 de Junio de 1866, que le fué concedida, ocasionando la última la negativa para entablar juicio contradictorio sobre la Cruz de San Fernando «para no remover fangos»; tampoco podemos consignar que haya recibido de la Fortuna grado ni empleo general alguno de los otorgados graciosamente al Ejército y Armada, de lo cual le hemos oído felicitar, y todo ello sin haber sufrido en su larga carrera observación ninguna de sus Jefes, antes sí plácemes y elogios durante los 70 años que, con abonos de campaña, cuenta en su dilatada carrera militar de honrosos merecimientos; pudiendo añadir, sin embargo, que se considera más que recompensado con poseer las Grandes Cruces españolas, satisfecha su honrada ambición con recordar preferentemente los motivos á que debe sus condecoraciones, como recomiendan las Ordenanzas del Ejército; sintiendo sólo el no haber ascendido más en la Milicia, por si esto le ha privado de prestar mayores servicios, no pudiendo tenerlos políticos, pues la Ley le impide pertenecer á la alta Cámara por elección, ni aun por derecho propio, por no haber sido Diputado, ni llegado á Teniente General. Bien se pudiera por tal motivo censurar la reglamentación oficial que priva, á un hombre tan merecedor, de la confianza de su país y de los que han ejercido el Gobierno. El delito de nuestro ilustre General no fué otro que el de haber seguido dignamente la carrera militar, sin haberse ayudado doblegándose á la intriga ó sometiendo á alguna agrupación de las llamadas políticas, abjurando hasta de su propio criterio: tal vez la Providencia le ha librado así de las negras responsabilidades que la Historia exigirá, sin duda á otros de sus contemporáneos.

Nació D. Angel Rodríguez de Quijano y Arroquia en la Carolina, la hermosa capital de las nuevas poblaciones de Sierra Morena, el día 26 de Mayo de 1820, dando el Municipio su nombre á la plaza donde vió la luz y colocando su retrato, ya de General, en el salón de actos.

Fueron sus padres D. Manuel Antonio Rodríguez de Quijano y Gómez de Zevallos, Contador de Hacienda de aquella Colonia, natural de Aes, en el Valle de Toranzo, provincia de Santander, donde está la casa solariega, y de D.^a Margarita Arroquia y Olavide, natural de Allo, merindad de Estella, en Navarra y cuyo retrato á los 87 años insertamos.

Casó el General siendo Segundo Comandante, en 1.^o de Febrero de 1851, con D.^a María de la Concepción Doncel y García Urbano, natural de Madrid, de la familia de D. Luciano Paz y Menviela, Coronel de Caballería y Caballero de Calatrava, cuya hija D.^a Ramona Paz y García Urbano casó con el Brigadier D. José Estremera, ascendido por la Guerra de Africa. Es una virtuosísima señora de angelical carácter, tan amante del único hijo que han tenido

en su matrimonio, que lo crió á sus pechos, y le enseñó sus primeras oraciones; llamóle Manuel y falleció en la infancia, desgracia enorme y prolongada para sus padres, cuando en envidiable consorcio acaban de ser felicitados en sus recientes bodas de oro.

Cuenta el general entre su distinguida familia por línea paterna á D. Juan Rodríguez de Quijano, Prior de Carrión de Calatrava como Caballero de esta Orden militar, después Comendador de las Huelgas de Burgo; sobrino y heredero de D. Francisco, de la Orden de Santiago, Comendador de la Torre del Homenaje de Ocaña y Capitán de Caballos corazas, que tanto se distinguió por los años de 1667 á 1691, prestando valiosos servicios en su larga y honrosa carrera en Sicilia, Milán, el Rosellón Ceuta y Tánger.

En la familia de su madre se hallan también notables ascendientes: era esta señora sobrina del célebre D. Pablo Olavide, Caballero de Santiago, fundador, en tiempos de Carlos III, de la expresada grandiosa colonia andaluza, enclavada entre las históricas Navas de Tolosa, la no menos célebre Bailén y la antiquísima Castulo de los Cartagineses; emparentado D. Pablo con los Marqueses de San Miguel de la Vega, lo era de todos el heroico Brigadier Quadros, que sucumbió gloriosamente en el primer sitio de Zaragoza de 1808, mandando en Santa Engracia, en uno de los furiosos é inútiles asaltos de los franceses.

Leemos en una biografía del General, publicada por la *Ilustración Militar*, en 28 de Abril de 1884: «que huérfano de padre en la temprana edad de cinco años, quedó al cuidado de su madre, señora de pr. vilegiada inteligencia que con gran esmero y perspicacia supo preparar el alma y formar el corazón del pundonoroso militar que tanto honra á nuestro Ejército, estableciendo bajo sólidas bases su educación intelectual, por lo cual ha prevalecido en él el apellido Arroquia con que generalmente se le conoce.»

Bien pronto veremos con cuánta energía se muestra en la vida del General Arroquia el influjo de su buena madre, señora que reunía á sus virtudes una inteligencia nada común y un carácter lleno de amabilidad dotado de singular entereza.

Avanza á todos en la pronta resolución y en la perseverancia de sus empresas; sus sentimientos, siempre nobilísimos, se muestran con el ardor y lozanía que bien quisieran poseer muchos. ¡Qué entusiasmo dedica á la ciencia! ¡Qué amor á la Patria! ¡Qué fe tan arraigada siente por sus ideales!

Su talento, el más distintivo don de su personalidad, muéstrase enriquecido con la potencia de los talentos superiores; una gran fuerza de atención comprende todas las fases de la observación; un raciocinio ingenioso y una imaginación fecunda propia de los inventores, de los exploradores, de los innovadores, de los que avanzan y descubren nuevas verdades ó realizan positivos progresos.

El General posee tan fresca y activa como en su juventud una pasmosa memoria; ésta, es ilustrada, es ordenada, responde diligentísima á toda oportunidad, y conserva tan bien su tesoro, que en el instante preciso, recuerda el dato, el concepto científico, la cita literal de cuanto ha estudiado; así es, que con gran lucidez expresa los incidentes todos de su vida, y hasta los más mínimos particulares de su primera infancia.

Encantados le hemos oído en varias ocasiones hablar de una muy lejana época de cuando sólo contaba cuatro años de edad. Recuerda el patio de una escuela de niñas y los racimos del pomposo parral que daba sombra á la entrada, donde lo llevaban en Jaén, y, sin embargo, no ha tornado á ver estos lugares.

Vivamente retiene el recuerdo del autor de sus días: era su padre de aspecto varonil, usaba el pelo corto y rizado, ya gris; aún le ve en la puerta de la casa, en la Carolina, observando el horizonte, puesta la mano sobre los ojos para librarse de los rayos del sol poniente, calculando si podría salir á paseo, después de una tempestad estruendosa, como las que estallan en aquel clima meridional.

Rehace fielmente el General la triste escena de la muerte de su señor padre, que presenció oculto y atónito entre el cortinaje de la cama y la pared, mientras recibía el último Sacramento.

Pronto aprendió á leer y á escribir, y agotó todos los medios de enseñanza que ofrecer pueden las pequeñas poblaciones, y su buena madre aquella señora inteligentísima y enérgica, no titubeó en trasladarse á Madrid con sus hijos para darles carrera, sufriendo penalidades por no abandonarlos un sólo momento, lo que ejecutó en 1829.

El niño Rodríguez de Quijano y Arroquia entró en los estudios de San Isidro á cursar latín con los Padres Jesuitas, los cuales lograron iniciarle en el griego y en el conocimiento del hermosísimo idioma de Ovidio, de Cicerón, de Virgilio y Julio César, casi sobrepujado por su hermana, nuestra grandiosa lengua española. Estudió Retórica, Lógica, Bellas Letras, con la Historia y Geografía antiguas en los autores clásicos y cursaba los principios de las



1876



1900



1901

CASILDA DE ANTON DEL OLMET

En la noche del 20 de Abril último, asistí en el teatro Español, al estreno del drama *En Conciencia*, original de la bella se-



ñorita Casilda de Antón del Olmet, cuyo retrato publicamos, honrándonos con ello grandemente.

Desde esa noche tenía el propósito de dedicarla un homenaje de cariño en estas páginas, y hoy lo realizo gustoso, después de haber leído con todo detenimiento el drama estrenado en la noche referida.

Va precedido de una carta prólogo al Duque de Tamames, en la que su autora defiende su labor filosófica literaria con

razones atinadísimas que concuerdan por completo con nuestras propias apreciaciones.

Drama de tesis, de gran genialidad en la concepción, de importancia inmensa, puesto que plantea valientemente un problema del hogar doméstico, problema de difícil solución, porque se trata de la lucha de dos cariños á cual más sinceros, no obtuvo sin embargo el éxito que merecía por razones varias que no detallamos, porque la indignación rebasaría los límites de la prudencia, y en este momento sólo deseo trazar la fisonomía literaria de la ilustre escritora, que á pesar de sus pocos años háse conquistado una envidiable reputación.

Con actores que toman á broma sus papeles; con un público de la galería acostumbrado á pedir que se toque la Marsellesa en la representación de una obra; en un ambiente de efectismos como el que se respiraba en el clásico coliseo durante su última etapa de la temporada, no es de extrañar que pasara en silencio obra que ha merecido alabanzas de la crítica sana é imparcial y que se ha celebrado con justicia por el público culto y literario.

En estas mismas razones abundan escritores tan distinguidos como los Sres. Novo y Colsón y Zeda, quienes en el *Diario de la Marina* y en *La Epoca* respectivamente, consagran largos artículos á estudiar el drama *En Conciencia*, que no es uno de tantos dramas como se estrenan constantemente, de efímera existencia, sino de las que por su transcendencia social tiene larga vida y exige detenida discusión.

Mucho puede esperar la literatura teatral de Casilda de Antón. Sus condiciones dramaturgas las ha revelado ya de brillante modo y no la faltan arrestos para continuar la labor comenzada.....

Pequeña de cuerpo, pero de corazón grande, mujer que por antonomasia pudiera decirse de ella, que es femenina, completamente femenina; de belleza delicada que responde á las delicadezas de su alma, de un alma llena de ternuras, siente el arte á maravilla y su espíritu sutil recoge con gran profundidad de observación los hechos de la vida de los que se desprenden enseñanzas que no deben pasar inadvertidas.

¡Con qué delicadeza sabe expresar los afectos más puros del alma! Si sus escritos en prosa me encantan porque en ellos se adivina el fácil rasgueo de la pluma, sus poesías me

entusiasman por el sentimiento de que están impregnadas.

Nuestros lectores tendrán ocasión de deleitarse con algunas de estas poesías. Hoy publicamos varios cantares de Casilda de Antón. Tiene muchos y á cual más bonitos.

Uno sólo bastaría para demostrarlo, uno sólo que encierra un mundo de poesía.....

Cada día que pasa
es un desencanto.

No sé en que consista, que sin esperanza
le estoy esperando.

JULIO DE LANZAS

CANTARES

Si los desengaños matan
quiero vivir engañado,
engañado por tus ojos,
engañado por tus labios.

De negro viste la noche,
de negro viste el dolor,
de negro viste mi alma,
de negro mi corazón.

Cuando te oigo reir
siento así como las alas
de los ángeles batir.

¿No ves las campanillas
cerrarse discretas
al llegar la noche y sentir mis pasos
y abrirse tu reja?

No quiero que sepa
lo mucho que pienso,
en sus falsedades, en lo que me dijo,
en sus juramentos.

No quiero que sepa
que me estoy muriendo,
que no se lo digan, no sea que lo maten
los remordimientos.

De tan alegres proyectos,
únicamente ha quedado,
unas cuantas flores secas
y un corazón destruido.

Cerrando los ojos
tu imagen contemplo...
entonces me explico que sean á veces
alegres los ciegos

Pagarás tarde ó temprano
lo que has hecho en esta vida;
yo no he querido matarte
porque sé que Dios castiga.

No te acerques tanto,
vete lejos, un poco más lejos
que abrasa mi llanto.

CASILDA DE ANTÓN

CONCURSO HÍPICO

La representación en Madrid del Tiro Nacional, que preside el Duque de Uceda, organizó, bajo la misma acertada y competentísima presidencia, las fiestas celebradas los días cuatro y cinco en el frontón de *Beti-Jai*.

Son estas luchas en que la destreza, la fuerza y el valor toman parte muy principal, las más á propósito para regenerar la raza, para borrar para siempre de entre nosotros esos tipos afeminados, raquíticos, pobres de cuerpo y de espíritu que nos avergüenzan, las mejores para formar hombres y hombres fuertes, vigorosos y sanos.



Recuerdan aquellos tiempos en que se celebraban justas, torneos, juegos de cañas y otros ejercicios ecuestres en que la juventud española haciendo noble ostentación de su intrepidez, valor y bizarría se perfeccionaba en el manejo del caballo y acrecentando con la práctica sus conocimientos, dotes y disposiciones guerreras, se preparaba á defender valerosamente la patria en los campos de batalla.

Los que asistimos á este concurso no olvidaremos en mucho tiempo

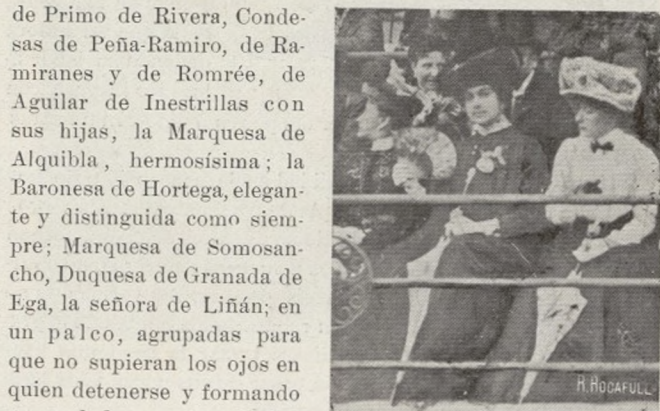
el ambiente de alegría, de fuerza y de salud que allí se respiraba y conservaremos el recuerdo de las arrogancias y habilidades de los jinetes, presenciadas, animadas y sostenidas por la hermosura de la mujer, que tenía en estas carreras representación brillantísima, como se recuerda todo lo que gratamente impresiona y se graba en la mente por los alardes varoniles de la juventud y la maestría, y se fija en la memoria por las sonrisas seductoras y el encanto irresistible de la belleza femenina.

El cuadro era hermoso y en los intermedios, libre la pista de jinetes y caballos, que descansaban de los esfuerzos y fatigas anteriores, mientras la música nos alegraba con sus acordes y olvidábamos las emociones, la intranquilidad y la incertidumbre que nos produjeran los luchadores con sus arrestos, no podía buscarse mejor recreo para la vista ni más grande esparcimiento para el ánimo, que pasear la mirada por gradas y palcos y de-

tenerla en adoración fervorosa ante unos ojos negros, brillantes, grandes, rasgados, que velaban la claridad del día al cerrarse, para caer después en otros azules, tranquilos, dulces, majestuosos, serenos, que daban idea perfecta de la ventura y la felicidad terrenas; admirar perfiles de una pureza y de una corrección asombrosas, cuerpos arrogantes de una distinción soberana, y por todas partes derroches de belleza, de frescura, de elegancia.

La Reina Regente, el Rey, los Príncipes de Asturias, la Infanta Doña Isabel y la Infanta María Teresa, asistieron las dos tardes, presenciando los ejercicios desde un palco, que lucía colgaduras de terciopelo.

En los palcos, todos ocupados, y en las gradas, también llenas, estaba *todo Madrid*, el Madrid que vive y se divierte y allí se contemplaban bellezas como la Marquesa de Ayerbe, que encantaba con la mirada de sus ojos negros, profundos, fascinadores y admiraba por la gallardía y esbeltez de su figura elegante y seductora; Isabel San Carlos, atrayendo las miradas por mandatos de su hermosura de reina; la Duquesa de Alba y Doña Sol Stuard, la Condesa de Vigo y sus hijas, la Marquesa de Argudín con la señorita de Primo de Rivera, Condesas de Peña-Ramiro, de Ramiranes y de Romrée, de Aguilar de Inestrillas con sus hijas, la Marquesa de Alquibla, hermosísima; la Baronesa de Ortega, elegante y distinguida como siempre; Marquesa de Somosancho, Duquesa de Granada de Ega, la señora de Liñán; en un palco, agrupadas para que no supieran los ojos en quien detenerse y formando un verdadero racimo de bellezas, la señora de Castellanos, con su hija *Nini*, María Mitjans, la Marquesa de Ivanrey y la señora de Iturbe; Marquesas de Casa-Torre, de Monistrol, de Benemegis de Sistol, Duquesa de Sotomayor y las señoritas de Martínez de Irujo, Marquesa de Velada, señora de Alberico, señoritas de Uceda, señora de Jarabá é hijas, señora de Anitua con las señoritas de Acha, Moret, señora de Moreno, y para terminar esta relación de hermosuras, un nombre que evoca una figura majestuosa y una belleza de las más puras, que trae á estas páginas auras de juventud, de vida, de poesía: Carmen Bellechasse.



Recorridos palcos, galerías y gradas, bajemos á la pista. Componían el Jurado los siguientes señores: Jueces de salida y llegada.—D. José Serrano Aizpurúa y Conde de la Quinta de la Enjarada. Comisión de admisión.—D. Juan Pérez Seoane y Roca de Togores, D. Julio Vicens Rozalém, D. Eduardo Herrera de la Rosa y D. Rafael Herrera Baena. Jueces de campo.—Marqués de Velada, D. Federico Huesca, Marqués de Somosancho, D. Manuel Sueristóbal, Marqués de Cabriñana, Conde de Clavijo, Conde del Campo Giro, D. Fernando Sota García y D. Pedro Cevallos Avilés.



Los resultados de las pruebas, con los nombres de los que obtuvieron premio, son los siguientes:



Sesión del martes.—Primera prueba.—Carrera de trote para caballos y yeguas que pasan de 1,45 metros. Premio de la Real Maestranza de Sevilla.

Tomaron parte en ella los Sres. D. Manuel Miralles, D. Joaquín Fernández de Córdoba, D. Rafael Agustín, D. Bianor Sánchez y Mesa y D. Juan Valdés.

Este último, teniente coronel de Caballería y profesor de Equitación de S. M. el Rey, obtuvo el premio.

Segunda.—Trabajo de picadero para caballos y yeguas que pasen de 1,47 metros.—Premio de S. M. la Reina Regente.

Contendieron el comandante de Caballería D. Máximo Pardo, el capitán D. Simón de Latorre y los profesores de Equitación D. Pedro Gómez y don Pedro Castellá.

Obtuvo el primer premio el Sr. Gómez, el segundo el señor Pardo, y el tercero el Sr. Latorre.

Tercero.—Salto de vallas al galope con caballos y yeguas mayores de 1,47 metros.—Doce saltos en tres vueltas á la pista.—Premio de la Pran Peña.

Tomaron parte en ella los Sres. Gómez Acebo, Valdés, Miralles, Boceta, Stuart (D. Fernando), Manzano, Sánchez Mesa, Latorre, Comenge, Luzunáriz, Carvajal y Quesada, Pando y Agustín.

Los Sres. Valdés y Latorre saltaron con dos caballos cada uno.

Todos los caballos dieron buenos saltos, distinguiéndose los que montaban los señores Boceta, Manzano, Pando y Latorre, que saltaron todas las vallas, sin falta alguna, estableciéndose entre ellos un empate que el Jurado dispuso decidir al día siguiente.

Sesión del miércoles.—A primera hora resolvió en favor del Sr. Latorre el empate del día anterior.

Primera prueba.—Salto de precisión, en competencia, para caballos y yeguas de todas clases, disminuyendo sucesivamente la longitud del obstáculo hasta que uno quede vencedor.—Premio de S. A. R. la Infanta Doña Isabel. Tomaron parte los Sres. Latorre, Valdés, Sánchez Mesa, Domenge y Pando, y como hubiera empate entre los dos primeros, decidió

(Fot. de Amador, hechas expresamente para GENTE CONOCIDA).

el Jurado que se sorteara el premio, favoreciendo la suerte al Sr. Latorre. S. A. la Infanta Isabel, juzgando que el premio correspondía por igual á los dos jinetes, ofreció regalar otro igual, consistente en un precioso látigo, al Sr. Valdés.

Segunda.—Salto, en competencia, para toda clase de caballos y yeguas, aumentando sucesivamente la altura del obstáculo hasta que uno quede vencedor.—Premio de SS. AA. RR. los Príncipes de Asturias. Tomaron parte los Sres. Latorre, Sánchez Mesa, González (D. Avestano), Bozeta, Gómez Acebo y Pando, obteniendo esto último el premio.

Tercera.—Salto de tres vallas al tranco. Nueve saltos en tres vueltas á la pista.—Premio del Casino de Madrid.

Sres. Poderoso, Valdés, Sánchez, Latorre, Gómez Acebo, Domenge, Boceta, Pando, González, Calvajal y Luzunáriz. Obtuvo el premio el Sr. Valdés.

Cuarta.—Salto al galope por parejas. Seis vallas en tres vueltas á la pista.—Premios del Nuevo Club y del Centro del Ejército y de la Armada.

Tomaron parte los Sres. Luzunáriz, y Boceta, Latorre y Sánchez, González y Domenge, Valdés y Pando, Gómez Acebo y Latorre y Miralles y Sánchez, obteniendo el premio los señores Luzunáriz y Boceta.

Para concluir, y como ampliación á estas notas de el orden y forma en que se celebraron las carreras, diremos que, en general, todos los que tomaron parte en ellas, se distinguieron notablemente, y si de algún defecto adoleció la fiesta fué de falta de caballos, pues á excepción de unos pocos los demás no reunían condiciones para esta clase de ejercicios.

El Sr. Valdés, profesor que ha sido de la Academia del Arma de Caballería y profesor hoy de la Escuela Superior de Guerra, demostró ser un consumado caballista; el Sr. Latorre es otro jinete de valía; Manolo Boceta dió la nota alegre, con lo expresivo de sus gestos y se ganó—por las suyas—las simpatías generales; Pando, el héroe de la segunda tarde, sereno, sin descomponerse un momento, conservando el dominio de su caballo, al mismo tiempo que el premio del salto de elevación, se ganó una de las ovaciones más grandes y más sinceras de aquel día;



Sánchez-Mesa demostró lo que todos sabemos, que es un excelente jinete, pero no le ayudó la suerte; pronto le veremos desquitarse. Mi enhorabuena á todos.

ANTONIO SOTOMAYOR

El combatiente y la oreja.

(CURTO ORIGINAL)

—¿Me veis así mal trajeado, con la cara blancuzca y chapada y pellejosa, flaco y al parecer endeble de cuerpo y no muy poderoso de ánimo; me veis así... un infeliz, un pobre diablo?... ¡Paradiez, soy un hero! diariamente y en todo camino me atajó el paso, me acechó, me atacó un horrible enemigo: el hambre... y todos los días he vencido!

—Bravo, Colbaño, bravo... así hablan los hombres—, replicó el Sr. Martillo, fiscal del Supremo. Todo un personaje.

—Es un valiente este Colbaño—añadió con placidez no exenta de suave ironía Tolla, un senador del reino y otros cargos más.

Colbaño...—esclamó el Dr. Chicharra, pedantón muy respetado y académico de varias academias reales—, es un tipo subsistente del español aventurero.

Colbaño... es un hombre que ha vivido pensando y sintiendo por una virtud, amigos míos... la sinceridad, ¡la santa sinceridad del artista!—dijo el pobre poeta. Os aseguro que no he vivido así por pura satisfacción de un vano orgullo... he vivido así porque en mis entrañas, en mi sangre, en mi naturaleza está encarnada, infundida, es nativa, la sinceridad. Hay pechos que no pueden respirar sino amplia y profundamente.

De cuantos allí, en aquel grupo de antiguos camaradas se hallaban, unos debían su posición á servicios de chimisveos políticos prestados á un cogolludo hombre público, otros á la boda feliz con una mujer rica, otros... otros... ¡no hablemos! Colbaño todo lo sabía.

Pobre Colbaño... ¡No te glories de tu arriesgadísimo desenfado, ni de tu pueril sinceridad... es necesario ser inocente como la paloma, pero astuto como la serpiente! ¡Pobre, pobre corazón tuyo que no tuvo jamás el concierto y bridaje del juicio sereno y previsor. ¡Pobre activísimo espíritu que no supo que en la vida hay que vivir pensando en el rigor justísimo de las leyes de la vida! ¡Prever y precaver... es necesario si hemos de estimar por nosotros y para nosotros los tesoros del tiempo.

Verdaderamente, Colbaño, no basta pelearse; es necesario lograr la victoria. ¡Es necesario conseguirla!

Esto le decían, y con esto pretendían sin duda abatir á tan corajoso combatiente.

Ya se habían iluminado las rosas y los tulipanes, las lengüecillas y las lágrimas de las lámparas, candelabros y lámparas de maravillosa luz eléctrica, pero aún el salón del Club estaba casi vacío, no había en él más personas que los criados que cruzaban por él para ir de unas á otras habitaciones y el corrillo de amigos que rodeaban á Colbaño... En esto penetró en el salón un sujeto muy pulcramente vestido, muy mesurado, muy grave... que andaba despacio, miraba con atención, fumaba con verdadero deleite...

—Blas Zutagas...—dijeron en el corrillo al verle.

—Este es de nuestro tiempo—añadió Colbaño.

—Pero... ha hecho fortuna...¿Y verdaderamente?...—dijo Tolla.

—En efecto... ¿no podríamos explicar?...—

—Pues que lo diga... llamemósele, hoy es día de confidencias—dijo Colbaño—. Pues qué, ¿no hemos visto cuantos nos venimos afanando unos en las ciencias, otros en las artes, otros en los negocios... y sin conseguir fortuna que éste sin tales ideales, sin tales afanes... Luego entiéndase que ni ha tenido mujer rica, ni ha intrigado... ¡Zutagas, amigo Zutagas... amigo Zutagas... venga aquí,—exclamó en alta voz y muy resueltamente Colbaño...

Y le habló, díjole sin reparo alguno que allí se habían reunido aquellos compañeros... Para hablar con claridad, para confesar su vida... Zutagas oyó con sereno ánimo al aturdido Colbaño, y sin que ninguno de los que allí estaban lo hubieran podido esperar—de sujeto siempre tan reservado y cauto—se sentó, después de saludar afabilísimamente á la asamblea, y dijo:

—¡Ah! señores míos... por desgracia... ya no me importa mi secreto, tanto da que hable como que me calle... No sé si decir á ustedes que me agradaría hacer saber que no soy tan idiota como parezco...

—¡Oh, por Dios, ¿quien dice...—exclamó Tolla.

—No digo que así se me llame... pero podrán por tal juzgarme muchos apresurose á decir Zutaga.—Soy rico... soy un gran propietario, tengo influjo, crédito... y puedo lograr en política las altas posiciones que más convengan á mi amor propio... Pues bien, no lo debo tanto á mis labios—que han hablado—ni á mis manos cuanto que no han movido ni buril, ni lapiz... ni mucho la pluma... no á mis piernas, porque he andado mucho en coche... todo se lo debo á una oreja ajena.

—¡A una oreja!—exclamaron los oyentes.

—Así es, amigos; á una portentosa, á una mágica oreja dentro de la cual hallé algo que con mi aliento cálido he ido manteniendo y avivando...

—¿Porqué no he de decir á ustedes... que amo esa oreja... que venero y quiero al que es dueño de esa prodigiosa oreja en la que he trabajado tanto... y en la que se hallaba mi fortuna.

Hace muchos años, habiendo tenido que interrumpir por muerte de mi padre mis estudios... vine á Madrid con una carta lánguida y cumplimentera del cacique de mi pueblo para un diputado de allá, éste me recomendó á un periódico... escribí fajas... y al fin me convirtieron en noticiero... y todos mis empeños dirigiéronse á conseguir entrada en el Congreso... ¡Entré! He vencido, me dije... mas ahora hay que elegir un hombre... mi hombre y he de elegir aquel que no se vea solicitado ó asediado por muchos... pero, por donde procuraré á este hombre...

Por una oreja!

Hallé el hombre, Rodríguez Rodríguez.

—¡Ah!... es cierto, ha sido y es muy su amigo...—dijo Tolla.

—Estaba entonces Rodríguez Rodríguez, en un período de postración; había sido ministro, pero por enojos con el jefe del partido suyo, ni Rodríguez esperaba volver á ser ministro, ni las gentes lo esperaban.

No se le hacía mucho caso; algunos políticos, creían que era hombre que había pasado.

Lo importante era que yo le restableciese, le inflase de aire, para que me sirviera de globo y en él me fuera fácil subir á mi vez...

El primer día que le encontré á mi paso le saludé respetuosísimamente. A él le extrañó y agradó aquel saludo. Repetí con toda gravedad y respeto mis saludos á los que él correspondía con expresión de simpatía y marcada afabilidad.

Una tarde, por acaso, hallábase en un corro hablando de política y yo acerqueme al corro... ¿hablaba Rodríguez Rodríguez?... yo mirábale con suma atención, y hacia signos de aprobación con la cabeza... ¿Hablaban cualquier otra persona del corro?... Mi atención se trocaba en indiferencia.

Rodríguez Rodríguez estaba encantado... ¡Por fin llegó un día... acercose á mí Rodríguez Rodríguez á decirme:

—¿Sabe usted si ha venido esta tarde el señor Castelar?

—¿Qué hice yo? Pues acercarme á él como si me hubiera dispuesto á hablarle al oído... Mas no, no era tiempo y le dije en voz baja:

—Voy ahora mismo á verlo.

Me separé, recorrí el Congreso por ver si hallaba al señor Castelar... y luego volví al lado de Rodríguez Rodríguez, que se hallaba entre mucha gente y llegándome á él... y yo, ya aproximando mi boca á la preciosa oreja, díjele confidencial y sigilosamente:

—No ha venido el señor Castelar.

Desde entonces ya se sabía... no hablé en voz alta á Rodríguez Rodríguez ¡siempre en secreto!, siempre á la oreja. Cuantas noticias adquiría...

¡Chis, chis, chis!... ¡á la oreja!

Hay que advertir que yo no hablaba con persona alguna, ni con el mismo Rodríguez Rodríguez, sino á la oreja.

Estimo mucho esta oficiosidad. Su oreja ya necesitaba el soplo de mi boca. Ganaba él en importancia, puesto que aquellos secretos despertaban la curiosidad de los políticos...

Rodríguez Rodríguez... ¡no se duerme! Trae sin duda algún importante trabajo de política.

Y la curiosidad fué creciendo, y por ello poco á poco, la atención dedicada á Rodríguez Rodríguez, y tras la atención ofreciéronsele medios de rehacerse...

¡Oh! qué gozo sentía Rodríguez Rodríguez ante aquella prueba de servicialidad, de celo, de devoción que yo públicamente le daba.

¡Y sopla que sopla en aquella oreja!... Rodríguez Rodríguez... llegó á ser ministro... y yo, yo tan sólo por haber sido un recadero á la oreja... yo el amigo más amigo del ministro...

¿Qué quiere usted, amigo Zutaga... me dijo...

Fuí astuto y elegí empleo en el cual podía realizar una fortuna... entré en una rica empresa particular...

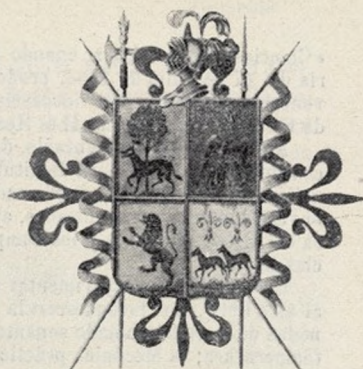
Todo se lo debo, repito, no á discursos, ni á conjuraciones, ni á escritos... ¡á la orejita, á la orejita... de Rodríguez Rodríguez!

¿Queréis saber por qué ya os lo revelo?

Porque la vida para mí es despreciable... tenía también en ella un secreto... un sentimiento confidencial, íntimo... de mi corazón... ¡perdí á mi hijo!

—Cierto—exclamó Colbaño...—; después de estos horribles desencantos... para los cuales en nada tiene cuenta el destino, nuestros afanes... ¿qué importa ya que revelemos los misterios de nuestra vida?

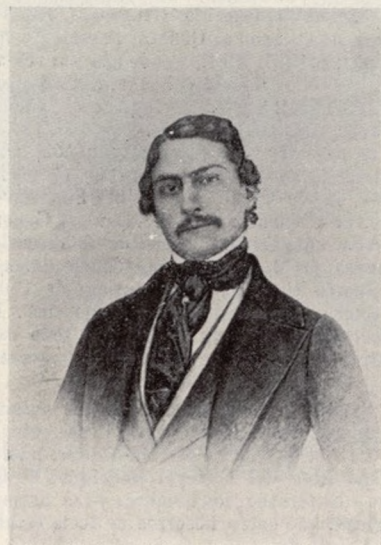
JOSE ZAHONERO



1863



2.ª Margarita Arroquia y Olavide.



1867

«Ciencias matemáticas», cuando la horrible sacudida revolucionaria del 17 de Julio de 1834, produjo la salvaje invasión de los Conventos, preparada acaso inconscientemente por el violento drama de Gil y Zárate, «Carlos II el Hechizado».

A pesar de esta lamentable desgracia, no bien fué establecido con profesores seculares el Instituto de San Isidro, siguió con gran aplicación sus estudios, dando cada vez más amplio y elevado desenvolvimiento á sus facultades, ayudándole á ello la gran Biblioteca del Establecimiento y los completos gabinetes científicos de las clases.

Cursó la Física experimental que producía ya la luz eléctrica al aire libre, por incandescencia del alambre de platino, y las monedas de mercurio helado sonantes é intangibles, tal era la baja de temperatura; la Mecánica práctica, á la que entonces, y á nuestro humilde entender con gran acierto, se daba ya grandísima importancia; la Mecánica gráfica, composición y descomposición de las fuerzas, como asimismo las máquinas simples ó aparatos operadores.

Conserva el General acerca de estos estudios muy curiosos é instructivos cuadernos de apuntes; pues entonces se enseñaba de viva voz tomando notas los alumnos.

Dedicóse después á estudiar seria y exclusivamente las Matemáticas con maestro particular, que le obligaba á explicar las lecciones señaladas, y á desenvolver los cálculos, reservándose para él la solución de las dudas é interpretaciones; por las tardes seguía los cursos de Botánica y Agricultura con entrada libre en el Jardín Botánico, los de idiomas en el Consulado, calle de la Cruz; el dibujo natural en el todavía existente ex convento de la Merced, hoy Plaza del Progreso, con la estatua de Mendizábal; y después en la Academia de San Fernando; el de delineación y de aguada en la Escuela de Artes y Oficios en la calle del Turco. El estudio práctico de las ciencias geográficas y de sus mapas, con otros conocimientos complementarios de la buena educación, fueron el objeto de Profesores especiales.

La vida pública no se había por entonces desenvuelto en Madrid; las reuniones eran privadas; el Prado era en colectividad el paseo; no funcionaban sino dos teatros, el del Príncipe y el de la Cruz, el uno de verso y el otro de ópera; no había más café que el de Pombo, en la calle de Carretas; el alumbrado escaso, á las nueve se cerraban las puertas de las casas, y vigilaban las calles los serenos, al monótono canto de las horas y del estado atmosférico; no había coches de alquiler que encumbrasen las calles; no se vivía tan de prisa; la juventud vegetaba tranquila en el seno de la familia, estudiosa y dormida para el mundo.

En 1837, la educación preparatoria de nuestro biografiado para seguir cualquier carrera, estaba terminada; al año siguiente ingresó en la Academia de Ingenieros. El retrato que ofrecemos de paisano es de esta época de «Candidato».

Terminado nuestro propósito de dar alguna idea de la existencia del digno General que nos ha ocupado, los que deseen más datos, pueden recurrir á la biografía citada de la *Ilustración* ó á la inserta en el *Diccionario Enciclopédico Hispano-americano*, tomo XVII, letra R, pág. 819, recientemente publicado; nosotros sólo hemos podido añadir á esta última la agradable noticia de que el General acaba de recibir la Gran Cruz de Carlos III, y lo que es más para él, los retratos del Rey D. Alfonso XIII y de la Reina Regente con sus respectivas firmas autógrafas.

Es de admirar que durante el período 1888 hasta 1894, desde que dejó de pertenecer al servicio del Estado por su inutilidad legal en razón de edad, se ocupase con el mismo ardor de todo género de progresos, tanto como Vocal de la Junta del Centenario, como en la organización del Congreso Geográfico, la Exposición y el Congreso Militar; ya escribiendo su libro «El terreno, los hombres y las armas en la guerra», á la vez que publicaba los cuatro tomos de actas de los referidos Congresos. Estas Sociedades, por sus servicios, nombraron al General Presidente honorario perpetuo de las mismas; la militar colocó además su retrato al óleo en el salón de sesiones, con traje de «diario», como Coronel que había sido de los Regimientos 2.º y 3.º de Ingenieros, y del Montado de Pontoneros, Ferrocarriles y Telégrafos.

A nosotros nos asombra también, pero no nos extraña esta actividad, por haberle visto en el período oficial, el de 1881 al 84, siendo Vocal de la Junta Superior Consultiva de Guerra, y á la vez «Ponente» de la «Defensa General del Reino»; producir en ésta independientemente de la discusión en la primera de los grandes problemas de Ultramar y defensas de Manila, San Juan de Puerto Rico, Habana, Santiago de Cuba y costas adyacentes, 31 tomos encuadernados de Ponencias, Discusiones y Actas, una tercera parte de su propia letra; todo esto sin contar con sus luchas, desastrosas á veces, en asuntos particulares industriales.

Vamos á terminar con algunas opiniones extranjeras que no pueden ser sospechosas, y por lo recientes, son aún poco conocidas.

La *Revue des Sciences Militaires*, publicó en 1898 traducido el último libro del General Rodríguez de Quijano y Arroquia titulado «El terreno, los hombres y las armas en la guerra», de 500 páginas, que entre nosotros se decía estaba escrito para estudiarlo en el siglo xx.

Y, sin embargo, el traductor de la obra, en su preámbulo, y el publicista militar Henry Houssaye, autor de la obra «Waterloo», la mejor que se conoce sobre esta decisiva batalla napoleónica, de la Academia de Ciencias de Francia, en su expresivo «Prólogo», se expresan de la siguiente manera, según nuestra *Ilustración Nacional*, antes *Militar*, dirigida por el ilustrado Jefe D. Arturo Zancaña, en su número del 14 de Febrero de 1899:

«En medio de tantas contrariedades y desdichas, es una satisfacción ver que en el extranjero se hace justicia á nuestras eminencias militares que con su inteligencia ganan voluntades y simpatías, logrando testimonios de valía y consideración como los que encierran los conceptos siguientes:

«Escrito este libro antes de los desastres que acaban de herir tan cruelmente á España, no es una obra esencialmente militar, como su título indica, es un grito de alarma exhalado por un distinguido veterano del ejército, una advertencia profética inspirada en el más puro patriotismo, un supremo llamamiento dirigido por un soldado á sus compañeros de armas y á sus compatriotas; testamento militar de un hombre de corazón, de un sabio que ha consagrado su vida entera al servicio de su país y de la Ciencia.

«En estos estudios, las cuestiones técnicas y de organización se completan con las altas concepciones políticas y sociales.

«En las descripciones que el privilegiado talento del autor hace de la situación de Europa, se advierte un gran conocimiento de los sucesos que más han influido en los destinos del mundo.

«De 1893 á 1899 la situación ha cambiado España, aislada como la Francia de 1890, ha sido herida en el corazón por un enemigo muy superior, sucumbiendo ante la fuerza; pero debe tener confianza en sus «destinos»; pues como lo ha proclamado uno de los más ilustres geógrafos contemporáneos «la raza ibérica continúa representando el porvenir de la humanidad».

Esperamos que este juicio de «Reclus» sobre la raza española se realizará, como la predicción que el General Arroquia puso al final de su libro «La Guerra y la Geología», publicado en 1871 por ese antiguo y buen amigo de Francia á raíz de nuestros desastres: «Las catástrofes de la última guerra han lanzado en un abismo á la Francia; pero que el país se reorganice, que trabaje, y espere con calma días mejores.» Así lo ha conseguido.

Hasta aquí el juicio crítico del Comandante Weil, que el Académico citado amplía en su prefacio en los términos siguientes:

«Pasando á ocuparnos de la obra del General Arroquia, haremos una sucinta reseña de este notable trabajo, que comprende todos los elementos y aspectos de la guerra, su estudio se extiende hasta fines del siglo xix, llevando sus observaciones á través del tiempo y del espacio en todas las épocas y en todos los pueblos desde los orígenes de la táctica y de la estrategia, desenvolviendo con la misma erudición y competencia las guerras de Aníbal y César, la táctica de Gustavo Adolfo y Napoleón, la orografía de España, el sistema de campos atrincherados y las organizaciones de los diferentes ejércitos, siendo el libro un tratado del Arte de la guerra y un resumen de historia militar. Es un conjunto de observaciones que determinan á los hombres de guerra á pensar con detenimiento en los problemas que desenvuelve con tanta lucidez y con tanta singularidad, siendo su dialéctica convincente y sugestiva.

«Es natural que en un libro escrito por un General español se consagren muchas páginas á las campañas de los grandes capitanes Gonzalo de Córdoba, Farnesio y Duque de Alba, con lo cual ha podido poner en relieve las indiscutibles virtudes del soldado español, su intrepidez, su sobriedad y condiciones de resistencia, vigor y agilidad al propio tiempo que su valor y su patriotismo.

«El triste desenlace de las últimas guerras no logrará modificar en Europa esta ventajosa opinión de los descendientes de Cortés y de Pizarro y de los tercios viejos de Francisco Melo. Una guerra entablada en desventajosas condiciones, no puede eclipsar la gloria de tantas conquistas, ni hacer olvidar el alto puesto que ha ocupado España en la historia del mundo.»

Y para finalizar expondremos que la misma *Ilustración* de 24 de Marzo de 1900, dice en armonía con nuestras opiniones:

«Estamos tan poco acostumbrados á que los críticos de fuera se ocupen de la preferencia y la extensión que debieran de las producciones de nuestros sabios que nos ha causado satisfacción muy viva la lectura del hermoso y extenso estudio que la *Revue de L'Armée Belge* dedica al concienzudo trabajo del ilustre General Arroquia que coloca al veterano autor entre los tratadistas militares más eminentes.

«En la imposibilidad de dar á conocer á nuestros lectores este hermoso juicio crítico, imposible de extractar, hemos de concretarnos á felicitar una vez más por su merecido triunfo á nuestro respetable amigo espíritu siempre joven, capacidad grande, corazón entero ardiente, que lejos de inspirarse en sombríos pesimismo, así como en este libro indicaba á nuestros males los remedios aún posibles, todavía presente, fundándose en las condiciones excepcionales de nuestra raza y la extensión que abraza el mundo nuestro idioma, tiempos menos ingratos de los actuales. — A. Z.»

José Zahonero.

y batiendo todos palmas y aplausos y tejiendo coronas y guirnaldas en holocausto de la ansiada, de la alcanzada felicidad.

Sobre el capitel del monumento, entrelazadas alegóricamente y embriéndole casi por completo, se ven las figuras de la Fama, la Patria y la Gloria, y en las cuatro caras inferiores del friso,

sobre el primer tercio de la escalinata el histórico león de Castilla abrazado á la bandera de la Patria, dejando la debida importancia al indicado friso inferior, donde en bajorrelieve van agrupadas sobre toda su superficie escenas y hechos de la vida del Rey.



tomando los respectivos centros del pedestal, se destacan en artísticos medallones orlados de guirnaldas, otros tantos retratos, que bien podrán ser los de los jefes de la restauración, rematando la composición que envuelve el capitel con las cariátides de Minerva, Hércules, Marte y Lar respectivamente en cada uno de los cuatro ángulos de la parte superior, en representación de la Sabiduría, la Fuerza, el Valor y la Patria, ideas que en conjunto quieren representar la característica del reinado.

Al pie, y sobre el friso inferior ó basa del pedestal, se levanta en noble actitud la estatua de la España vencedora, y más abajo,

La cara posterior del monumento ofrece en su parte inferior la estatua de la Historia, inspirada por un genio en bajorrelieve que le sirve de fondo, y más abajo, sobre la línea de tierra, la personificación de la Guerra en una matrona, llevando por entre cañones abrazadas armas y banderas y siguiendo al ejército vencedor que, como queda dicho, envuelve el pedestal aclamando á Don Alfonso. Detrás de esta matrona, una madre con su hijo en brazos simboliza el amor, la fecundidad y el porvenir de la Patria en presencia de tantos y tan extraordinarios acontecimientos.

Cierran por su parte inferior la obra un amplio semicírculo, que deja libre su frente, dando paso á lo escalinata, rematanlo en sus dos extremos, á derecha é izquierda en dos pedestales que sostienen dos estatuas ecuestres en símbolo de todos los generales vencedores. Y este semicírculo, á manera de verja, lo forman los escudos de todas las provincias españolas entrelazados con guirnaldas y ramos de laurel y de roble, emblemas de belleza, fuerza y gloria.

Y así como puede decirse que este proyecto es la inspiradísima obra de un escultor-poeta, el que sigue (letra B) es la de un gran artista pensador.

Lo forman tres grupos arquitectónicos cuadrilongos, de carácter moderno compuesto, que se alzan de mayor á menor en el centro de amplia escalinata octogonal, en cuya armonía se ofrecen ochavados en sus vértices, menos el cuerpo superior que los presenta redondos, al objeto de no interrumpir el enlace de la composición escultórica, en alto y bajo relieve que le envuelve representando innumerables grupos de Pueblo y Ejército que aclaman al Rey Pacificador, cuya estatua ecuestre corona el monumento en digna y caballerosa actitud alzando al cielo su espada vencedora orlada con el laurel de la victoria.

En el segundo cuerpo, que figura contenido por dos columnas en cada una de sus ochavas, se ve por la cara del frente la estatua sentada de la Historia en actitud de escribir todas las grandiosas impresiones que le van comunicando las figuras simbólicas del espíritu de la Patria, el genio del Saber y el grito de la Fama, que se agolpan hacia su elevado sitio, dejando más abajo al majestuoso león de Castilla que enseña y defiende el lugar donde debe consignarse la inscripción conmemorativa, casi á la altura del tercer cuerpo, formado por una serie de basas y frisos armonizados, de los cuales uno va cubierto por todos sus lados con los escudos de las provincias españolas, y otro con alegorías en bajorrelieve de la vida y los hechos más gloriosos del monarca, tales como su presencia en los hospitales de Aranjuez y en las inundaciones de Murcia y de Granada.

La cara lateral izquierda ofrece la composición de un grupo de figuras simbólicas representando la Justicia, las Leyes, la Legalidad y el Orden, que arrancando desde la escalinata y rompiendo la monotonía de las líneas arquitectónicas del cuerpo inferior llegan hasta al neto del monumento, en el que va adosada otra alegoría que lleva en su centro las tablas de Moisés glorificando así el acto de proclamar la Constitución de 1876.

La cara lateral derecha contiene análoga composición escultórica, arrancando también desde la escalinata hasta el segundo cuerpo; en el que, igualmente adosada, va una alegoría de la Paz, numerosos grupos de personas personificando á las regiones, que acuden ante ella á rendirle el tributo de sus banderas que enlazan amorosamente con la de la Patria común, proclamando al Rey.

El ángel de la Fe conduciendo á Don Alfonso cerca de las víctimas de los terremotos y del cólera, es la composición alegórica y en relieve de la parte posterior de este proyecto.

En las ochavas y bajo el capitel del segundo cuerpo van cuatro medallones artísticamente dispuestos y orlados con guirnaldas, conteniendo retratos en relieve, y también en las ochavas del tercer cuerpo inferior, en análoga disposición y forma, otros retratos en medallón de los Jefes del Estado reconstituido.

Armonizando el conjunto general de la obra y completando en la manera posible la expresión de la idea de un monumento digno de Don Alfonso XII, figuran también sobre cuatro pedestales colocados en el centro de las ochavas de la escalinata otros tantos grupos del caballo Pegaso lanzando su vuelo á los cuatro vientos, guiados por el pensamiento de la Industria, el Comercio, la Ciencia y la Agricultura á cuya prosperidad dedicó el Rey su preferente atención.

En el frente del segundo cuerpo, el escudo nacional, y dando espalda al tercero inferior, la estatua de España vencedora, como queda indicado.

El proyecto C lo forma una masa mural acolumnada en sus cuatro vértices, sobre dos cuerpos arquitectónicos que hacen basa y plinto, terminando éste en escalinata, y que remata en friso general á manera de capitel, prolongado, como el conjunto, de fondo á frente, y coronado por la estatua ecuestre del Rey Pacificador.

La actitud de éste, es aquella en que después de conquistada la paz envaina su espada, mientras se encabrita su caballo, acostumbrado á los embates de la guerra.

Bajo el capitel, el escudo nacional entre las dos columnas del frente, y entre las dos bases de ésta se levanta la estatua alada de la Paz.

Lleva también una alegoría en alto y bajorrelieve de las regiones españolas, que rinden tributo á tanto beneficio; otra del Ejército, que entusiasmado, rinde tributo al su augusto caudillo. En el fondo entre las dos columnas que le cierran, la estatua de la Historia.

Todos estos proyectos están modelados sobre *pastelina* y atendiendo á lo prescrito en la convocatoria, ninguno de ellos está completamente determinado en su forma parcial ó de detalle, pues sólo persigue, al parecer, su autor, la idea de dar noción de línea general, el conjunto y la composición; en lo que á nuestro juicio va muy acertado, pues muchas veces, en materia de Arte, y especialmente tratándose de sus primeras concepciones, lo que en modelos pequeños parece perfecto y hermoso, resulta después menos hermoso y perfecto en su ampliación colosal, á causa de detalles poco apreciables al principio y muy insinuantes luego, á virtud de su mismo engrandecimiento, que como es natural, tanto engranda lo bueno como lo malo.



De afirmar esta verdad, nos ocuparemos en nuestro próximo artículo al analizar y describir el resto de los proyectos presentados, los cuales, como queda dicho al comienzo de estas líneas, merecen también la atención del público.

Luis PARDO.

Hallazgo Arqueológico.

Rebuscando por los rincones y desvanes de la Catedral de Jaca, llamó poderosamente mi atención un bajorrelieve de alabastro, desconocido hasta para los historiadores del templo, estofado en su tiempo, *destofado* cuando lo vi, por el polvo y las telarañas, que se *conservaba* en uno de los departamentos interiores de la Catedral destinados a *lexuera*; anteriormente debió estar enpotrado en algún hueco de altar y recibir culto, pero debido a causas ignoradas (aun cuando supongo fueran la buena fe unida a la falta de conocimientos arqueológicos) se le relegó al olvido así como a las figuras platerescas—de no escaso mérito—de los doce apóstoles que estuvieron en el altar mayor.

Mi primera impresión al admirar dicho bajorrelieve fué creer que tenía delante una representación rara del augusto misterio de la Trinidad; Dios Padre, coronado, de figura enjuta, el cabello rígido y rizado al igual de la barba, elevada la mano derecha—la izquierda le falta—, sentado en una especie de trono, teniendo entre las piernas a su Divino Hijo crucificado; dos orantes—una a cada lado—cogen uno de los pliegues del manto.

Con objeto de guardar un recuerdo de tan para mi inestimable hallazgo, tiré hasta cinco placas fotográficas sin obtener más que una mala prueba, por ser pésimas las condiciones en que hube de hacerla, pero... era algo, y ayudado de la memoria, se hizo felizmente un dibujo, sintiendo hoy la satisfacción de ofrecer su reproducción a los lectores de este ilustrado periódico.

El bajorrelieve de la Catedral de Jaca no representa—como en principio creí—la Santísima Trinidad.

Para probarlo, basta dirigir una mirada retrospectiva a los monumentos primitivos. En efecto, desde luego se observa que en los primeros siglos del Cristianismo se recurrió al Símbolo y éste fué el triángulo. Roma, Sión y Africa nos facilitan de uno a dos ejemplares; también se consideró por los Padres y por la primitiva Iglesia como símbolo de la Trinidad la aparición del Señor a Abraham bajo la figura de tres ángeles de forma humana, según un mosaico de Santa María la Mayor del siglo V (Ciampini, Vet. nomin. I, tab. LI, I); algo más explícito se encuentran en las representaciones del bautismo de Nuestro Señor, como en una pintura de la iglesia de San Félix de Nola, que San Paulino describe así: «La Trinidad brilla en todo el esplendor de su misterio, Cristo está en el río, la voz del Padre truena desde lo

alto del cielo y el Espíritu Santo se muestra en la Paloma». A siglo VI pertenece un mosaico de los Santos Cosme y Damián: el Señor enseña sobre la montaña; con una *mano* (jeroglífico de Dios Padre) sostiene una corona suspendida sobre su cabeza, y el Espíritu Santo, figurado por una paloma, con la cabeza radiada, vuela hacia Jesucristo.

En un sarcófago de la segunda mitad del siglo IV, hace pocos años descubierto, que se conserva en el Museo de Letran, la Santísima Trinidad está representada por tres personajes barbados de la misma edad, significando la eternidad de las tres Divinas Personas; posteriormente los artistas han pintado ó esculpido este mismo asunto de un modo clarísimo: Dios Padre sentado en las nubes y con una *bola* en la mano, significación del mundo; tiene a la derecha a su Divino Hijo, sentado igualmente con las manos y pies taladrados, el pecho herido ostentando la cruz, y el Espíritu Santo, en figura de paloma, en la parte superior en medio de estos dos personajes de la Trinidad augusta.

Expuesto lo que antecede, que he estimado necesario para la más acertada explicación del bajorrelieve que motiva estas líneas, diré que allí están labradas las figuras del Padre y del Hijo crucificado en cruz *inmissa*—que es la que ordinariamente vemos en los altares—, mas no la del Espíritu Santo bajo el simbolismo de la Paloma, según costumbre de todos los tiempos, ni hay indicio alguno que nos pueda inclinar a juzgar que el bajorrelieve representa a la Trinidad; por el contrario, en el seno del Padre se ven unas cabecitas con mitras que, a mi modo de apreciar, facilitan la inteligencia del asunto que lealmente expongo. Dios Padre, de cuyo seno salen dichas cabecitas de Santos Padres, indudablemente, teniendo entre sus piernas a su Hijo crucificado, *no parece figurar la redención de la criatura pecadora, mediante la pasión del Verbo encarnado, y, como fruto de*

ella, el tránsito glorioso a los cielos de las almas que, en la mansión de los justos—llamada por Jesús el seno de Abraham—esperaban su santo advenimiento?

Las mitras de los Padres, el Crucifijo con tres clavos, según la caricatura que hicieron de la crucifixión los albigenses (aceptada sin prevención por los artistas cristianos amadores de la línea movida—, los escudos de armas, la rigidez del trazo y la factura del todo, denuncian los gustos dominantes en los siglos XIII-XIV.

PEDRO GASCON DE GOTOR



San Antonio de Padua al Niño Jesús.

SOLILOQUIO

¿Por qué vienes á mis brazos,
para que te abracen ellos,
si no te abrazan los ángeles,
ni tú cabes en los cielos?
Tú eres brinco de mis ojos
y regalo de mi cuello,
y confusión y locura
de mi pobre pensamiento.
Pues yo sé que eres Criador
de todo el vasto universo,
y que equilibras los mares
y que gobiernas los vientos
y que diriges los astros,
cual manada de corderos,
que tu agudo silbo escuchan
y van por caminos ciertos.
Y no sé cómo te vuelves
en mis brazos tan pequeño,
ni cómo pesando tanto,
puedo yo con tanto peso.
Tú me miras y me halagas,
háblasme y no tengo miedo;
tu mano cae en mi frente
y la besan mis cabellos.
No sé cómo no me abrasas,
siendo yo leña y tú fuego,
yo delito y tú justicia,
tú juez eterno y yo reo.
¡Milagro de tus amores,
que habiendo amor, hay exceso;
pues teniéndote en mis brazos,
mi Niño Príncipe, advierto,
que mientras tú más te abrevias,
más voy por mí bien creciendo;
que tu peso me levanta
y si á tu fuego me quemo,
no me destruye tu llama,
pues tal vida estoy sintiendo,
que siempre esa llama ansiando,
de ella hidrópico á ser vengo.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA

Amor en fanal.

Eramos novios, novios formales;
ella era linda, yo soñador;
nos entendíamos por los cristales
de las ventanas de un mirador.

Quince años ella, yo diez y siete,
ya de casarnos era la edad;
pero su padre, fiero vejete,
no me miraba con voluntad.

Yo iba de ocultas, por la campiña,
hasta su quinta, que era un verjel,
y á los cristales la dulce niña,
tierna asomábase, como un clavel.

Señas me hacía si estaba sola;
yo también señas de ardiente amor;

y se ponía cual la amapola,
tras los cristales del mirador.

— Abre—decíale—la cristalera,
con suplicante mudo ademán;—
y ella, por señas—yo bien quisiera—
me contestaba, con triste afán.

—¿Por qué no puedes?— Está con llave—
me repetía con señas mil;
y allí mirábala presa, cual ave
en rica jaula de oro y marfil.

—Baja, hablaremos por la ventana
le pude un día significar;
y aunque se puso como la grana,
bajó y logramos al fin hablar.

De la ventana tras los cristales
en amorosa conversación
nos extasiábamos; pero en fanales
no estaba á gusto nuestra pasión.

—Abre un momento la cristalera—
una mañana la dije al fin;
y contestóme:— Yo bien quisiera;
pero la cierran con un llavín.—

Era forzoso verla y amarla,
siempre velada por su fanal;
¡ay! cuantas veces en nuestra charla
hubiese añicos hecho el cristal.

—Dame tu mano, le dije un día,
y al vidrio helado la aproximó;
iba á cogerla y estaba fría;
¡maldito vidrio! gritaba yo.

Pedí unas hebras de su cabello,
en la penumbra crepuscular,
y allí ofreciome su rizo bello,
como un exvoto de aquel altar.

Tras de aquel vidrio miré su boca,
sobre su pecho la blanca flor;
y el cristal era, más que de roca,
muralla china de nuestro amor.

De mis delirios en el exceso,
aunque encendióse como el coral,
pedíle al cabo me diera un beso,
y ella besome tras el cristal.

Mi boca estaba sobre su boca,
sólo entremedias el vidrio aquél;
ya no era vidrio, muro ni roca,
sino de Tántalo pena cruel.

Yo no sé cómo no se fundía
en los ardores de nuestro amor;
á hacerlo chispas no me atrevía;
por él lograba tanto favor.

Besos y besos, en él fiada,
la niña dábame con candidez,
y así besábale la mano helada,
los ojos fríos, la nivea tez....

Ya no me acuerdo cuánto duraron
nuestros amores en el fanal;
mas, cierta noche que revisaron
la cristalera... ¡faltó un cristal!

ANTONIO LEDESMA.

LAS FIESTAS DE LEON

APUNTES DE UN EXPEDICIONARIO

Hemos llegado al término de nuestro viaje sin darnos cuenta. Los ojos soñolientos, al sondear el camino porque el tren marcha, no han descubierto ninguna de esas señales inequívocas que dan patente de existencia de una población próxima. Seguía el cielo gris, de un amanecer nebuloso, confundiendo en la lejanía con el terreno árido, sin dibujar más que ligeros accidentes que no lograban destruir su monotonía desesperante. Ni verdores campestres, ni tierras



Weyler visitando los cuarteles.

de labranza, ni grupos de caritas al abrigo de arbolado frondoso, denuncian la ciudad. Y, sin embargo, antes que el viajero haya podido instalarse nuevamente para esperar, con la comodidad que le brindan los almohadones del vagón, estos detalles reveladores del poblado que se avicina, el silbido estridente de la locomotora le anuncia la llegada. Y, en efecto, el tren se detiene en la estación, que sirve de avanzada á una ciudad grande y pintoresca que ha surgido como por encanto de aquellas arideces.

Un ruido ensordecedor de fusilería, formado por miles de cohetes que cruzan el aire



Plaza del Mercado.

culebreando con sus flecos de luces de colores, sirve de brillante prólogo á los futuros agasajos. Morteretes que lanzan su

ronco estampido, dan la nota grave en el concierto de luces y disparos, las campanas repican y la banda de música que rompe con la marcha real, imponiéndose á un clamoreo vigoroso en que estalla la población aglomerada allí para festejar á los que llegan, enardecen los ánimos, abatidos por el viaje. El entusiasmo de los que esperan se comunica á los que arriban, y los vítores, las aclamaciones y la algazara indescriptible, llegan al paroxismo.



Iglesia de San Marcos (hoy cuartel).

Sin galones, ni cruces, ni entorchados que determinan la condición de cada uno, confundidos con la modesta ropa de viaje que á todos los iguala, los que forman la expedición, descienden de los coches y en apretada fila, que aumentan los prohombres de la localidad que salieron á recibirlos, emprenden la marcha.

Al otro lado de la estación esperan los coches que han de conducirlos á todos, y que apenas pueden moverse entre la multitud que los rodea, sin cansarse de victorear. Avanzan los coches; pasan el puente de la Estación, engalanado con banderolas y bajo el cual se desliza el río Vernesga, y llegan los expedicionarios á una hermosa plaza, en cuyo centro se eleva la estatua del más ilustre leonés que registra la historia: Guzmán el Bueno. Un paseo que entenebrece corpulentos y frondosos árboles, extiéndose á derecha é izquierda. La expedición continua por la calle de Ordoño II, á cuya entrada se ha construido un arco en honor de los forasteros y que en toda su longitud está engalanada con colgaduras en los balcones de las casas, que las leonesas alegran con su presencia, convirtiéndoles en ramilletes de flores hermosísimas.

Dejamos atrás la hermosa plaza de San Marcelo, á cuya derecha se encuentran el Ayuntamiento y el teatro, frente por frente de la casa de los Guzmanes, que hoy ocupa la Diputación provincial, y de nuevo en la calle de Ordoño II, que continua, encuéntrase el hermoso arco construido por el arquitecto de la Catedral, D. Juan Bautista Lázaro, y que con exactitud y propiedad verdaderamente asombrosas reproduce la



antigua puerta que daba acceso á la ciudad de León. Concluye la calle en una hermosa vía, por cuyo lado izquierdo sigue la expedición, para detenerse en la casa del señor Merino, que está enfrente de la Catedral.

Ante el artístico monumento, la multitud se agita impaciente, aguardando la hora del solemne acto de la apertura. A las diez en



Plaza de San Marcelo.



La Catedral.

ria y Santander, con sus vistosas vestiduras colocáronse á la derecha, y en bancos paralelos á las naves, acomodáronse las autoridades de León, comisiones é invitados, excepto el Ayuntamiento, que por un privilegio especial tiene asiento en el coro, entre los canónigos. Invadió después la multitud el sitio que le estaba destinado y la ceremonia dió comienzo.



Tipos premiados.

Fotografías hechas expresamente para Gente Conocida por su corresponsal artístico

Ofició el obispo de Victoria y de la oración sagrada encargóse el arzobispo de Burgos, que á su venerable figura une sus excelentes condiciones de orador. Hizo el prelado un panegirico de los leoneses ilustres que son honra de la ciudad y describiendo después el histórico monumento, gloria de la iglesia y de la arquitectura, explanó el tema de que los que quieren una religión sin templos y sin sacerdotes son enemigos de Dios y del arte.

La Diputación obsequió con un espléndido banquete á los ministros, senadores, diputados, periodistas y demás personas de representación; á los postreros pronunciáronse muchos y muy elocuentes brindis, á los que puso digno remate la lectura de



Arco en la calle de Ordoño.

un telegrama de Colonia que decía así: «Señor dean D. Ramón del Busto. La catedral de Colonia saluda con efusión á su insigne hermana la catedral de León.—Fasteurhat.»

Hubo cucañas, bailes y diversiones populares; otorgóse un premio á las dos parejas mejor vestidas con el traje típico del país, y celebráronse otros festejos, entre los que merece citarse la retreta civico-militar, en la que formaron cinco



Vendedora de leche y aves.

carrozas: de la Industria, el Comercio, la Agricultura, los bomberos, los constructores de carruajes y la alegórica militar, y la kermese organizada por las hermosas leonesas en beneficio de los pobres.

Y los expedicionarios pletóricos, con todas las acepciones que quieran dársele á la palabra, con una impresión agradabilísima de la ciudad, de los ciudadanos y de las fiestas, tomaron nuevamente el tren para Madrid.

Al arrancar éste y al asomarme á la ventanilla para despedirme de León, la ciudad había desaparecido.

Volvieron mis ojos espantados á contemplar la llanura triste, árida, que se extendía á un lado y otro como un desierto.

Adormilado sobre los mullidos almohadones, al arrullo del traqueteo monótono del tren, sentía desvanecerse el recuerdo de lo que ví tan rápidamente y conforme iba haciéndose el sueño más profundo más se confundía la impresión del viaje, que hoy, más que nunca, dudo si ha sido sueño ó realidad.



FERNANDO LEONÉS



Continuamos la publicación de la lista de nuestros suscriptores por el orden en que éstos fueron dándose de alta.

Excm^a. Sra. Condesa de Fuen-Clara.

Sr. D. Joaquín Castell. (Cáceres).

Excm^{os}. Sres. Condes de Asg. (Niza).

Sr. D. Juan Castro Valero. (Santiago).

Sr. D. Ramón Regúeiferos (Cuba).

Sr. D. Antonio Ledesma. (Almería).

Biblioteca del Senado.

GENTE
CONOCIDA

Revista decenal



OFICINAS: DE 12 A 6

CAJA: DE 2 A 4

FLORA, 6, MADRID

Gran fábrica de corbatas

12, CAPELLANES, 12
MADRID

Guantes, pañuelos, bisutería,
petacas, carteras, bastones,
géneros de punto, etc.

Esta casa debe ser conocida de
todos, en su beneficio.

PRECIO FIJO

GENTE
CONOCIDA

COLECCIONES

DEL AÑO 1900, ENCUADERNADAS

España.... Ptas. 40 (en plar
Extranjero.. 50

A los que se suscriban por un tri-
mestre, se les dará la colección en
30 pesetas.

Pago adelantado



Depósito: PERFUMERIA de ECHEANDIA

ARENAL, 2

“EL DIVORCIO DE LA CONDESA,,

CUATRO pesetas. Se envía á provincias la obra completa certificada remitiendo cinco pesetas. Al extranjero, por cinco francos —De venta: Antonio Ros, VICTORIA. 3. MADRID

Declarada lícita por los Tribunales de Justicia la circulación de dicha célebre obra, se han puesto á la venta los cuatro tomos de que consta *El Divorcio de la Condesa*.— Precio:

20, Preciados, 20 “LA FUNERARIA,,

PRIMERA EMPRESA DE SERVICIOS FÚNEBRES EN ESPAÑA.—TELÉFONO 225

HOTEL DE VENTAS

Estamos altamente satisfechos de nuestra obra. Contamos con el sen imiento favorable de la opinión sensata. Nos basta que el numeroso y distinguido público que nos honra con su visita continúe haciéndolo.

MUEBLES

Y OBJETOS ENAJENADOS POR SUS PROPIOS DUEÑOS

Los hoteles de ventas oficialmente constituidos se hacen necesarios en todo país civilizado, á pesar de sus detractores é hipócritas imitadores porque facilita la transacción noble entre el comprador y vendedor. A las familias que lo necesiten en el acto, el HOTEL DE VENTAS les ade-
lanta el 25 por 100 del precio en tasación convenida y asegura venta de todo en el término de tres días.

Todo el público práctico de Madrid acude á diario á estos salones á comprar lo que necesita con ventajas siempre positivas.

Ventas al contado, con precios fijos, de 8 de la mañana á 8 de la noche.—Horas de oficina: de 9 á 12 y de 3 á 5.

Ventas al contado con precios fijos
de 8 de la mañana á 8 de la noche.

AYUNTAMIENTO DE MADRID

Horas de oficina: de 9 á 12 y de 3 á 5.
TELÉFONO 860

